

FRONTERA

Zofia Nałkowska



FRONTERA

Zofia Nałkowska

Traducción del polaco de Katarzyna Olszewska Sonnenberg

BÁLTICA **editorial**

BOOK INSTITUTE



©POLAND

La publicación de este libro ha sido posible gracias
a la ayuda de © POLAND Translation Program

Título original: Granica

© Jan Kujawski

© de la traducción: Katarzyna Olszewska Sonnenberg

© de esta edición: Báltica Editorial, 2021

Imagen de cubierta: Józef Mehoffer, *Słońce majowe*,
Museo Nacional de Varsovia

Maquetación: Prema Served, www.premaserved.com

Impresión: Estugraf Impresores S.L.

Pol. Ind. Los Huertecillos, C/Pino nº5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-122326-5-3

DL: M-30331-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

Personajes principales

Zenon Ziembiewicz, hijo de pani Żancia/Joanna Ziembiewicz y Walerian Ziembiewicz.

Walerian Ziembiewicz, padre de Zenon, capataz en la finca de Boleborza.

Pani Żancia/Joanna Ziembiewicz, madre de Zenon.

Justyna Bogutówna, amante de Zenon Ziembiewicz.

Karolina Bogutowa, madre de Jystyna, cocinera en el hogar de la familia Ziembiewicz.

Elżbieta Biecka/Ziembiewicz, sobrina de Cecylia Kolichowska y, posteriormente, esposa de Zenon Ziembiewicz.

Señora Niewieska, madre de Elżbieta.

Señor Niewieski, padrastro de Elżbieta.

Cecylia Kolichowska, de soltera Biecka, tía de Elżbieta.

Konstanty Wąbrowski, primer marido de Cecylia Kolichowska.

Aleksander Kolichowski, segundo marido de Cecylia Kolichowska, notario.

Karol Wąbrowski, hijo de Cecylia Kolichowska y Konstanty Wąbrowski.

Łucja Posztraska, amiga e inquilina de Cecylia Kolichowska.

Maurycy Posztraski, marido de Łucja.

Padre Adolf Czerlon, amigo de juventud de Karol Wąbrowski.

La familia Gołąbski

Jasia Gołąbska, hija del jardinero Borbocki, abandonada por el marido, madre de Jadwisia.

ZOFIA NAŁKOWSKA

La familia Borbocki

Borbocki, jardinero en Chązebna.

Franek Borbocki, hijo del jardinero, enamorado de Justyna.

La familia Chaśba

Chaśbina y sus tres hijos: Józio, Edward y Marian.

1

Es posible ahora reconsiderar por completo, desde la perspectiva de su absurdo final, la breve pero espléndida carrera de Zenon Ziembiewicz, que terminó de forma tan abrupta como trágica. Su archiconocida silueta ligeramente encorvada recorriendo casi a diario en un automóvil largo y descubierto las calles de la ciudad, su rostro de perfil aguileño y mandíbula ascéticamente alargada —para unos, agradable e incluso noble, para otros, jesuítica y odiosa—, su comportamiento en situaciones diversas, algunas de sus expresiones más recordadas, todo ello merece ahora un juicio totalmente diferente.

Nada presagiaba la catástrofe que se precipitó sobre la casa de los Ziembiewicz como una maceta de geranios sobre la cabeza de un transeúnte. El desenlace no solo no aclaraba la situación sino que la oscurecía del todo. No era fácil descifrar los verdaderos motivos de la desgracia, sobre todo teniendo en cuenta que Ziembiewicz había llevado una vida tranquila y bien ordenada, no era el típico hombre que tiene una aventura e, incluso, en las altas esferas gozaba de la reputación de un hombre en todo punto decente, a pesar de sus opiniones avanzadas y sus inclinaciones políticas más bien desagradables.

La muerte te sorprende en cualquier lugar de la vida. Y la historia comprendida entre el nacimiento y la muerte a menudo parece absurda. ¿Quién sería capaz de recordar, por si acaso, cada momento que pasa como si fuera su último gesto? La muerte a menudo te coge *in fragranti*, sin tiempo para tomar precaución alguna. El plan de vida más lógico, el sistema de valores más

riguroso se derrumba de pronto cuando se desvela la última incógnita.

En el caso de Zenon Ziembiewicz es probable que fuera cuestión de mera objetivación. Porque cuando estaba vivo —cuando era el centro de su vida, protegido por su propia conciencia y de alguna manera justificado por ella— debía de tener una imagen distinta de sí mismo. Tenía sus principios, razones y motivos para actuar como lo hizo y no de otra forma. Hasta su actitud hacia aquella muchacha quizá bien parecida, aunque también bastante vulgar, tuvo que tener algún sentido desde su punto de vista.

Pero ahora cualesquiera que fueran sus premisas subjetivas, motivos, necesidades, *imponderabilia*, estas habían sido sepultadas con él. Zenon solo estaba siendo observado desde fuera, desde la calle que ya había juzgado sus actos, sus declaraciones públicas, y que conocía únicamente los hechos. No había forma de contrastarlos. El caso no era más que lo que parecía: un escándalo ordinario, el descubrimiento de un romance con la alumna de su mujer o su protegida, un asunto de mal gusto que fue incapaz de tratar como un hombre, de forma decente y razonable.

En cuanto a esa mujer, esa tal Justyna Bogutówna, ahora en prisión, se comentaba que, la última vez que había visitado a Ziembiewicz en su despacho, se había comportado como una histérica, que sus gritos se habían oído en todo el edificio. Una vez que la hubieron arrestado, se había tranquilizado enseguida y había admitido su culpa, sin embargo, no quiso revelar sus motivos. Tan solo repetía, al parecer todavía en estado de shock, que había sido «enviada por los muertos» y, sin oponer ninguna resistencia, se dejó conducir a la prisión.

Poco se pudo leer sobre lo ocurrido en la prensa local, probablemente amordazada. Según el diario *Niwa*, la conducta de Bogutówna respondió a un arrebató de locura. Al mismo tiempo, algún otro medio publicó que Bogutówna, en realidad, se hacía pasar por loca y que sería trasladada a un hospital para su ob-

servación. Hubo incluso intentos de usar esta tragedia con fines políticos. Un periodicucho, quién sabe por qué, la apodó Charlotte Corday d'Armont.

Bogutówna era hija natural de una viuda, que había servido como cocinera en las mansiones locales y al parecer no tenía a ningún familiar por esos lugares. Cuando murió su madre, la muchacha se marchó a la ciudad a servir en casa de una persona gravemente enferma. En ese momento la señora Ziembiewicz se interesó por ella. Gracias a su protección, Bogutówna consiguió primero un puesto de dependienta, luego de cajera en la tienda de telas de Toruciński en la calle de Świętojańska, donde los dueños estaban aparentemente bastante contentos con ella. Pasados unos meses se fue de ahí por voluntad propia y aceptó otro trabajo, esta vez en la pastelería de Chązowicz en la esquina de la plaza Narodowy con la calle de Emerytalna. Pero desde el principio se encontró a disgusto en ese empleo y no tardó en dejarlo.

La señora Tawnicka, la veterana cajera de cabellos plateados de la pastelería, se acordaba de Bogutówna. Según ella, se trataba de una muchacha inteligente, amable con los clientes, nada coqueta, aunque algo perezosa. En cambio, en la tienda de telas de Toruciński se había ganado la reputación de trabajadora.

Volviendo a Ziembiewicz, no era hijo de un capataz de la hacienda de Boleborza, pese a las tendenciosas afirmaciones de Bogutówna durante su recordada conversación con la entonces señorita Biecka, ni pertenecía a una familia de simples campesinos. Se puede afirmar casi lo contrario. Su padre se vanaglorió de su blasón familiar hasta el final de sus días, y la imagen pintada y extrañamente enmarcada de su escudo de armas descansaba, junto con el de su mujer Joanna (de soltera Niemierówna), sobre una vitrina, en un rincón del salón de su casa de Boleborza. Y Walerian era capaz de explicar con detalle tanto los lemas de ambos blasones como el significado que tenían las estrellas, las cruces, las manos cortadas, los cascos y las medias lunas, que formaban parte

de los dos emblemas. El halo místico que rodeaba esos símbolos de su linaje había sido una de las primeras experiencias metafísicas del pequeño Zenon.

Boleborza formaba parte de un complejo de haciendas de una familia de propietarios locales, los Tczewski. Se trataba de una granja pequeña y abandonada, situada en la periferia de ese conjunto de tierras arenosas que se alternaban con ciénagas. Después de perder dos propiedades, la suya y la de su esposa, Walerian Ziembiewicz consiguió el puesto de capataz en Boleborza pocos años antes de la guerra. Administraba la finca honestamente, pero con la misma incompetencia e ineficacia que sus propias tierras. No le gustaba la labranza. Pasaba horas encerrado en su despacho, que solía llamar oficina, y se dedicaba a fabricar cartuchos para su escopeta o a reparar todo tipo de objetos domésticos en un pequeño taller: los pegaba, sujetaba, atornillaba, incluso los lijaba. Presumía que no había cosa que no fuera capaz de arreglar, empezando por un largo y amarillo piano del salón, cuyas teclas se quedaban mudas una tras otra y terminando con un reloj de su esposa. Además, tenía una conciencia muy sensible y confesaba sus frecuentes pecados de lascivia no solo con un conocido párroco de Chązebna, sino también ante su alta y delgada mujer; se arrodillaba delante de ella y le suplicaba perdón con lágrimas en los ojos. Como prueba de su perdón recibía una cerradura de cajón de la vitrina que se atascaba o una cadenita de *face à main* para reparar. Después, reconfortado, ordenaba que le trajeran del sótano una botella de vodka de arroz. Por desgracia, incluso una cantidad minúscula de alcohol provocaba en él un estado de erotismo aguzado y luego ya todo dependía de la dirección que el momento y la coyuntura daban a esa fuerza elemental y vivificadora. En parte, volvía al mal camino del adulterio, cuyas consecuencias provocaban de nuevo breves tensiones y escenas líricas, que introducían algo de vida en el ambiente de Boleborza, tan monótono y rancio como el agua de un estanque con carpas.